

EL CARRIL

por Rafael Vera

¡Qué agradable se presentaba la tarde del sábado! Tras la primera sesión de cine y unas cuantas copas de ginebra para entrar en calor (el otoño se estaba ainvernando por momentos) Paloma y Juan dejaron a los amigos en el bar para salir a dar un paseo y tomar el aire. Aire hacía, ciertamente, pero en ese estado de estúpido enamoramiento el cuerpo humano reacciona de manera completamente absurda a los cambios climáticos, haciendo que el frío no hiele ni el calor agobie ni una tormenta como la que estaba cayendo empañe los besos. Cosas de la edad.

Aunque aún eran las siete de la tarde, la noche se había presentado algo antes que de costumbre, precedida de grandes nubarrones y algún que otro rayo ocasional que, en lugar de amedrentar a esta inocente pareja, les hacía de romántico fondo para sus escarceos. Rondaban casi la treintena, pero tal y como estaban las cosas por aquellos tiempos hubiera sido imposible adquirir un piso para los dos, con lo que tenían que buscar lugares alternativos para satisfacer sus deseos y necesidades íntimas. Hacía años cualquier esquina, portal o banco del parque hubiera sido suficiente, pero ahora no tenían más remedio que esperar a que algún amigo con más fortuna les prestase la casa temporalmente, o bien ahorrar un poco para ir a una andrajosa pensión, o simplemente quedarse en el coche, un viejo R5 deslucido que tampoco tenía hechuras para mucho más.

Así que ahí estaban los dos, esta vez conducía ella mientras Juan volvía a enfadarse por que no le dejara coger el coche, si apenas se había tomado un par de copillas. Poco duró el enfado. Saliendo por la zona norte del pueblo un viejo carril, que hacía décadas seguramente llevara a un magnífico cortijo, ahora apenas se metía unos kilómetros en el enjambre de olivos y ahí se deshacía para formar parte del paisaje. Tras un magistral cambio de sentido, el coche quedó nuevamente mirando hacia las lejanas luces del pueblo y medio escondido entre dos olivos.

Eran muy excitantes esos segundos de callada tensión, cuando el motor se quedaba en silencio y el muelle del freno de mano emulaba al gong del boxeo que da comienzo al combate. Entonces se giraban el uno hacia el otro, en unos segundos el cruce de miradas dejó claras las intenciones de ambos y sobraban las palabras. En la radio Diana Krall tocaba el piano en exclusiva para ellos, y dejándose llevar entre el jazz, el repiqueteo de las gotas sobre el coche y los flashes aleatorios de la tormenta, empezaron a quererse sin palabras, a danzar el uno sobre el otro y a desgastarse la piel como si ya mañana partiera cada uno en un dirección opuesta.

Los cristales empañados hacían algo más tétricas las apariciones resultantes de los rayos, en lugar de olivos se entreveían formas extrañas, a las que les buscaban parecidos lógicos e incluso le ponían nombre si era menester. Estaban algo sudados, y a medio vestir (o a medio desnudar, mejor dicho) y por la rendija de la ventana de Juan salía el humo del cigarro mientras alguna gota huérfana le mojaba el pecho y la pernera del pantalón. Era un poco tarde, qué más daba, el tiempo no existía. Estando juntos el tiempo no era más que el lapso cronológico que los atormentaba entre que se despedían un día y se veían al siguiente, todo lo demás era algo aún sin nombre y sin medida ni peso ni magnitud.

Decididos ya a volver cada uno a su casa y separarse hasta el día siguiente, vieron con desasosiego que el coche no se movía del sitio. La tierra, el agua y las hojas secas habían formado un adobe que capturaba las ruedas y casi parecía que el coche había echado raíces. Imposible llamar a ningún amigo para que les echase una mano, los móviles estaban sin cobertura en ese paraje y aunque suponían que sabrían donde estaban, seguramente no los echarían en falta hasta pasados unos días. A nadie se le ocurre ir a molestar a una pareja cuando están en esos menesteres lúdicos. Así que asumieron que pasarían allí la noche. Con los asientos reclinados y las chaquetas por encima, era lo más parecido a una cama propia que habían tenido en los 2 años que llevaban juntos. De modo que empezaron a soñar con el futuro, otra de las cosas absurdas que ese estado mental llamado enamoramiento causa en quienes lo padecen. Hablaron de cómo sería su casa cuando tuvieran dinero para la entrada. El se decantaba más por un apartamento, con un salón pequeño y alfombra para tirarse los sábados a leer, mientras ella seguía diciendo que prefería una casa, y si encima tenía chimenea mejor que mejor.

Él prefería por el centro, necesitaba o al menos le animaba mucho tener un “bar de la esquina”, una “tienda de al lado” y lo que más le hacía ilusión desde pequeño (mira tu que chorrada) era poder asomarse al balcón y ver la terraza del bar, hablar directamente con quienes llamaran a la puerta sin necesidad de portero automático y mandarse las cosas por un cubo atado a una cuerda. Un estudio con las paredes forradas de libros. De todos los tipos: de ciencia, de tecnología, de informática, de novelas, de

cuentos, de teatro, de tratados de filosofía, etc. con una mesa grande donde nunca sobrara espacio y un gran cenicero caliente y humeante repleto de colillas.

Ella era más hogareña. Una casa a ser posible en el campo. Tranquila, sin ruidos, sin vecinos. Un jardín en la entrada y un huerto por detrás, con columpios para los niños. Una buena cocina junto al porche para hacer los guisos con los amigos y familia cuando fueran a verlos, y un gran dormitorio con bisel en la cama y un gran ventanal para abrirlo cada mañana y que el trasluz de su camisón sea lo primero que Juan viera cada día. Junto a la puerta los dos coches, para no tener que molestar el uno al otro y la moto de Juan en una esquina del garaje, cuanto más lejos mejor.

Finalmente se quedaron dormidos. Entre el cansancio del combate y la larga charla eran ya casi las cinco de la madrugada. Hasta las tres de la tarde no empezaron a abrir a duras penas los ojos. Ya no llovía, pero seguía haciendo frío. Tres olivos más arriba improvisaron el baño, usando de espejo la cámara de vídeo llamada del móvil y de grifo el agua que empapaba las hojas picudas. Se terminaron de vestir y vieron que el coche estaba mucho más hundido de lo que se quedó la noche anterior. La lluvia también había deshecho el carril y unos troncos caídos junto con algunas piedras bloqueaban la salida lógica. Dando un paseo por el campo vieron un estanque abandonado, donde se supone habría una casa tiempo atrás, pero de la que sólo quedaba el estanque y poco más. Estuvieron toda la tarde limpiándolo, con lo que pudieron encontrar por los alrededores, y cuando se estaba poniendo el sol ya brillaba su reflejo sobre el agua. Tenían hambre, y gracias a que habían estado en el cine tenían algo de palomitas, unas chucherías y aún quedaba una lata sin empezar de cerveza. Esa cena, los dos juntos, perdidos en la nada y sentados sobre el capó del coche les supo a gloria. Así que recogieron la mesa y se metieron en el coche a resguardarse del frío y fabricar calor artesanal.

Ese día no se plantearon ni tan siquiera salir de allí. Se habían levantado tan tarde y habían trabajado tanto con el estanque y entre ellos mismos que junto a la poca comida los tenía tremendamente cansados cuando se hizo de noche. Un sueño reparador les vendría bien, y mañana Dios dirá.

Ya era lunes por la mañana, y paseando encontraron algo de comer por entre los arbustos. Había junto al estanque unos cuantos manzanos y cerezos, que aunque ya estaban bastante descuidados y sobre todo no era temporada (cosas del cambio climático) al menos servían de alimento. Tras lo que parecía ser la planta de la casa junto al estanque, había un huerto abandonado, no tenía mucho de provecho pero algo se podría hacer para arreglarlo. Mientras volvían al coche se asustaron al ver como una perdiz que parecía desorientada corría despavorida hacia el coche, donde se estrelló y perdió la vida. Paloma se quedó mirándola triste, le dio algo de pena ver al pobre animal. Juan se frotaba es estómago, ella lo miró y puso cara de espanto, aunque comprendió tras tres días allí que iba siendo hora de comer algo caliente. Con el encendedor del coche y algo de paciencia consiguieron encender un fuego donde cocinar la perdiz. Quiso la casualidad (la vida a veces sorprende) que el viernes anterior abrieran por fin una cuenta corriente a medias en el banco, con la que les regalaron una batería de cocina que aún estaba en el maletero. El banquete fue espectacular, incluso lujoso, digno de una recepción real.

Así pasaron un año, con lo que podían ir cazando en el campo. El huerto más arreglado empezaba a dar algunas patatas y tomates que animaban y enriquecían la dieta. Con los sacos viejos que el padre de Juan tenía en el coche hicieron un baño y usando el estanque se las apañaban para tener agua para la higiene, piscina propia y limpiar los cacharros. La lluvia fue abundante ese año, con lo que no se podían quejar. El coche ya no servía más que de dormitorio, con eso les sobraba. Tenían todo lo que podían desear, aunque de vez en cuando echaban de menos un buen libro que leer, una televisión para ver alguna película y tomar una copa con los amigos. Lo del tabaco fue un problema al principio, pero así aprovechó Juan para dejarlo. Cada día estaban más delgados y se querían más y cada día daba paso a una noche más apasionada en el coche y cada noche a un día más feliz como dueños de la tierra que se sentían.

Hicieron ese año una hermosa fiesta de noche vieja, con hojas secas machacadas como confeti, una especie de sidra casera que improvisó Paloma a lo largo del verano y perdices (cómo no) de cena. Aunque parece ser que no le sentaron muy bien a ella, que comenzó a vomitar nada más acabar el ágape. Pasaron los días y seguía con unas ligeras molestias. Aunque no quiso decir nada, Juan la veía un poco extraña, como más distante y algo más tristonera. También notó que había engordado un poco, y para salir de dudas se fueron a la parte tranquila de la casa que era el coche y allí comenzaron seriamente a hablar. En efecto, ella estaba embarazada, pero no había que preocuparse de nada. Había sitio para la criatura, en la bandeja del maletero podría dormir a pierna suelta, y cuando se fuera haciendo más grande pues ya lo

pensarían. Había perdices como para alimentar a un regimiento, aunque habría que tener más cuidado en la limpieza, y crecería más sano que cualquier otro niño en ese ambiente. Paloma lo miró con tiernamente, y lo besó con una dulzura que nunca antes había conocido. Feliz se tumbó hacia atrás mientras Juan acariciaba su vientre y lo besaba deseoso que naciera ya el niño y poder llevarlo al estancue y enseñarlo a tirarse de cabeza.

No fue sencillo el parto, pero Juan era un gran asiduo de Hospital Central, House y la Doctora Quin, lo que facilitó muy levemente el asunto, así que contra todo pronóstico el niño nació sano, con las manos llenas de dedos y unos enormes y despiertos ojos azules, como los de ella. Juan bromeaba diciendo que lo ideal sería que fuese tan atractivo como su madre y sin embargo tan inteligente también como su madre. Ella sonreía, lo hacía siempre que estaba feliz. Era muy expresiva en sus emociones, tanto hacia un extremo como hacia el otro, cosa que facilitaba enormemente que Juan supiera en cada momento lo que le pasaba por la cabeza, sin tener que mediar palabra. Tras celebrar el nacimiento con un buen guiso de perdices comenzaron a pensar en el nombre que le pondrían a la criatura. Ella le quería llamar Antonio como el padre de Juan o Luís como el suyo. Él no quería llamarlo de ninguna forma, ella sería mamá, él papá y el niño, niño. Sin apellidos ni nada, ¿de qué servirían allí? Así que sin más dilación lo llamaron Luís, aunque Juan se quedó con el consuelo de decir que era en honor a Luís Skywalker (¿o era Luke? Hacía tanto tiempo que no veía una película que apenas se acordaba de esas cosas). Le encantaba acercarse a él y decirle con voz aguardentosa “Luís, yo soy tu padre”, mientras ella le daba una colleja cariñosa y le besaba en el cuello para curarle la herida.

Luís resultó ser un niño extremadamente despierto. Ya con 6 años comenzó a plantearse muchas cosas del mundo que los rodeaba. Tumbados sobre el capó del R5 miraban las estrellas (era curioso, pero con lo que le gustaban las estrellas a Juan era la primera vez que las veía tan limpiamente, sin duda mucho mejor que desde el pueblo). El niño preguntaba y Juan respondía. Le explicó como se formó el universo, como va creciendo, la teoría de los 3 universos de Friedman, cómo la gravedad nos afectaba a todos, y llegó hasta las teorías cuánticas, pero ahí le pareció ver a Luís un poco perdido, con lo que cambió de tema y siguió con la mitología, enseñándole como los antiguos ponían nombres a los fenómenos del cielo y los temían y les hacían ofrendas. A Luís le encantaban las historias que le contaba. Su padre del cielo y su madre de la tierra. Le enseñó botánica básica (cada cosa a su tiempo) le explicó el ciclo de la vida, le enseñó a leer y escribir con un palo en la tierra. Conforme fue creciendo se interesó notablemente por la filosofía, y entre ellos debatían sobre Descartes, Hume, Nietzsche, Marx. La literatura también le gustaba, y le recitaron de memoria cada verso que recordaban de Celaya, Neruda, Lorca, Ángel González. En cuanto a la música no se ponían mucho de acuerdo, aunque tampoco tenían muchos medios para montar una orquesta improvisada.

Cuando Luís cumplió los 10 años empezó a preguntarse dónde estaban todas esas personas de las que le hablaban. Jamás había visto a nadie fuera de su pequeña familia, ni nadie se había comunicado con ellos, así que no entendía como sus padres habían aprendido esas cosas, alguien se las tendría que haber contado, como ellos a él. Entonces comprendió que sus padres a su vez tendrían otros padres que les contarán las cosas. Aunque jamás los había visto. Pronto desechó esa teoría, había cosas que no le podían explicar, y si suponemos que a ellos se las contaron, deberían de saber contarlas, o al menos repetir textualmente lo que en su día les dijeron. La cosa era un poco extraña. Preguntó a Paloma confiando en que sería más sincera y explícita en sus explicaciones, y le contó una extraña historia sobre una sociedad donde habitaban más de 40000 personas, y se relacionaban entre ellas. Donde el conocimiento se plasmaba en una serie de hojas de papel ordenadas por tomos. Donde había radio y televisión y ordenadores (esto fue muy difícil de explicar). Donde para organizar a tanta gente había unos que gobernaban y otros que más o menos obedecían.

Luís estuvo años haciéndose una imagen en su cabeza de esas cosas extrañas que le contó su madre. Pensaba en la cantidad de R5's y estanques que debería haber para tantas personas, a razón de uno por cada tres personas salía una cantidad ingente. Se imaginaba una gran llanura llena de coches enterrados en un lado, y árboles en el otro. Y eso de la tele... y los ordenadores... no estaba muy convencido. Así que fue a preguntarle a Juan. Este le contó una historia parecida, aunque con notables diferencias. Le contó la forma en que se relacionaba la gente, cómo creaban lazos entre ellos y se reunían para compartir ideas y proyectos. Le explicó también que regularmente en el tiempo se celebraban una serie de festejos, y todos volvían a reunirse y tomar unos licores parecidos a la sidra de Paloma y comían unos animales que no eran perdices, y cantaban hasta altas horas de la mañana.

Faltaban 2 días para su 18º cumpleaños. Paloma y Juan estuvieron casi todo el día metidos en el R5 con las puertas cerradas, mientras Luís buscaba perdices y algo de fruta para la celebración de su aniversario. Hablaron largo y tendido sobre la necesidad de volver al pueblo. Ni sus amigos ni su familia conocían la existencia de Luís. No sabían como se tomarían la noticia. Tampoco sabían nada de ellos desde hacía casi 20 años. ¿Cómo estarían todos? ¿Habrían muerto? ¿Cómo será la vida actual en el pueblo? Por primera vez desde aquella tarde de sábado cuando el coche se quedó encallado en la tierra se plantearon volver a la sociedad. Parecía un experimento de esos que salen en los libros de “psicología recreativa”, donde niños criados en la selva se integran con mayor o menor problema en la sociedad moderna. Eran una especie de tarzanes, o más bien unos Austin Powers que volvían a la vida tras 20 años. Tomaron una decisión: a la mañana siguiente cogerían lo justo para un día de viaje y saldrían rumbo al pueblo, con Luís, a buscar a su gente para contarles lo que les había sucedido. También tendrían que decir algo en el trabajo, 20 años sin asomar por la fábrica seguramente les habrá costado el puesto. ¿Y donde vivirían? No tenían dinero, no tenían trabajo. No conocían ni un solo avance tecnológico de las últimas décadas. Eran como una especie de analfabetos llegados de otra galaxia. No, seguramente no sería fácil en absoluto, pero había que hacerlo, por Luís, tenía derecho a conocer el mundo, más allá del R5 enterrado, el estanque y los olivos que los rodeaban.

Y así fue como con los primeros rayos del día los tres llenaron medio saco de comida, lo justo que podían llevar encima y salieron rumbo a la civilización. Ni una palabra, ni un gesto, sólo miraban hacia delante y andaban, andaban, andaban, hasta que la tierra dio paso al asfalto. Luís se asustó un poco, esa extraña tierra dura y negra, pero lo tranquilizaron poniéndole la mano en el hombro, y prosiguieron caminando. La zona norte del pueblo estaba exactamente igual que cuando pasaron por allí la última vez. Algo más sucia y vieja. Los edificios eran los mismos, las calles las mismas. Pero no había nadie. Un poco más adelante apareció ante ellos la plaza, que sí que había cambiado. Unas palmeras enormes, unas jardineras preciosas y una gran cantidad de niños corriendo de un lado a otro. Todo parecía como siempre, pero distinto. Más árboles, las calles más cuidadas, los coches sin humo, era todo bastante más agradable que como se lo habían imaginado durante todo el camino. Llegaron a casa de Paloma (al menos lo era años atrás). Se cogieron de la mano y con el dedo tembloroso como la primera vez que Juan entró en esa casa llamaron al timbre.

Se escucharon unos pasos lentos y cadenciosos, arrastrándose por el suelo, el chasquido de un interruptor y la puerta se entreabrió unos centímetros. Un anciano terminó de abrir la puerta, con la cabeza agachada, los ojos hundidos y un aparato que se acercaba a la garganta con la mano derecha para poder hablar mientras en la izquierda sujetaba un cigarro humeante. Le costó un poco de trabajo levantar la cabeza para mirarlos. Serio, triste, les dijo que esperan un poco mientras buscaba el monedero para darles una limosna. –“No hace falta, papá”- dijo Paloma. Entonces el viejo volvió la cara e intentó fijar la vista lo más posible en ella. Se acercó, le tocó el rostro y con unas lágrimas que parecían salir de lo más hondo de su cerebro se dejó caer en sus brazos. Luís se quedó extrañado y dio unos pasos hacia atrás. No le agradaba la imagen de esa persona tan gastada y arrugada. Cogió fuertemente la mano de Juan, mientras este le decía –Luís, este es Luís, tu abuelo-. Entraron en la casa llevando al abuelo del brazo, por que no podía tenerse en pié.

Recuperado el aliento le explicaron todo cuanto habían vivido estos años, mientras el anciano parecía rejuvenecer por momentos, los ojos parecía cada vez menos hondos y un sonrisa arrugada se dibujaba en su rostro. Les comentó que enviudó 15 años atrás, el día que el juez los dio por muertos. Les cedió su casa e intentó localizar a todos sus conocidos. Fueron unos meses muy extraños para Luís, que seguía maravillado por esa cantidad de gente que veía por todas partes. Le compraron unas vestimentas extrañas, le dolían los pies de andar con zapatos, pero veía en sus padres una expresión de satisfacción que con creces compensaba esas pequeñas molestias. Empezó a ir al instituto, donde por cierto se aburría bastante y pasaba largas horas debatiendo con los profesores que atónitos veían como ese analfabeto que ni siquiera sabía manejar un simple PC les corregía en cualquier tema de historia, filosofía, ciencias y literatura. E incluso a los pocos meses les daba unas magistrales lecciones de informática avanzada., aprendía rápido el puñetero.

Al llegar a casa pasaba largas horas delante del ordenador. Habían contratado un acceso a Internet y lo que mostraba esa fina pantalla le hacía al joven querer más y más y más. Mientras Juan pasaba el día tumbado en el sofá viendo películas. Le sorprendió ver como las películas que el veía antes se reeditaban una y otra vez, incluso por el precio que antes tenía una de ellas pudo conseguir varias colecciones enteras y ver nuevamente Blade Runner, La Guerra de las Galaxias (las 9 partes), Matrix, y demás, bajo la curiosa mirada del dependiente que nunca había visto a un friki tan mayor. Le aconsejaba

nuevas películas, y Juan se las llevaba y discutía sobre cuales eran mejores. Paloma por su parte llevaba casi sin comer ni salir desde hacía 3 semanas, cuando descubrió que su padre no sólo conservaba todos sus libros intactos, sino que había ido incrementado notablemente la biblioteca durante estos años. Se sentaba en la mecedora, junto a una lámpara de pie y pasaba horas y horas leyendo.

Y así pasaron los siguientes 5 años, leyendo ella, viendo películas él, y el joven Luís descubriendo todo un mundo a través de un cable de teléfono. Y así pasaron los siguientes 10 años, y así los 20 siguientes.

Nadie supo de ellos en 20 años, y nadie volvió a saber de ellos en otros 20. A la muerte del abuelo se le acumularon las deudas. Lo poco de herencia que tenían pronto se la gastaron, y quedaron desahuciados, sin dinero, sin nadie a quien poder recurrir, sin tele, sin dvd, sin Internet, sin novelas. Decidieron volver al único sitio que les quedaba, donde tantos años habían sido completamente felices y habían vivido sólo ellos, sin necesidad de cohabitar con nadie y sin someterse a más reglas de las que estrictamente dicta la naturaleza.

Pero todo había cambiado. Realmente todo estaba tal y como lo dejaron, pero diferente. Los días eran largos y aburridos, les dolían los pies de andar por la tierra. Hacía frío y tenían hambre. Ninguna de las perdices que comieron esos días les dio gusto alguno. Paloma y Juan tenían ya casi 70 años, no sobrevivieron mucho al hambre y cuatro noches después fallecieron mientras dormían acurrucando sus demolidos huesos en el R5, uno junto al otro. Luís ni tan siquiera los enterró, prefirió dejarlos así, como hacía ya 40 años estuvieron, mirándose en silencio, en esos extraños segundos entre que sonaba el freno de mano y comenzaba el combate, como si el tiempo no hubiera pasado, ya que el tiempo no pasaba mientras estaban juntos y no era más que el lapso cronológico que los atormentaba entre que se despedían un día y se veían al siguiente, cosa que aún no había sucedido y definitivamente jamás sucedería.

Allí quedó Luís, solo, después de haber conocido la civilización volvía a estar en el campo, sin ordenador, sin compañía, sin música. De modo que volvió al pueblo, encontró trabajo en el instituto, dando charlas y como profesor de apoyo, tanto con los pequeños como con los mayores. Los primeros años los pasó de interino, trabajando 4 o 5 meses al año en distintos lugares del mapa, y finalmente ya como profesor fijo en su pueblo. Él mismo veía como su cara y su piel se iban arrugando con la edad, como la primera visión que tuvo de su abuelo, aunque ya no le asustaba tanto. Como se supone que debe suceder en estos casos, encontró a una mujer con la que pasaba largas horas charlando y debatiendo los más diversos temas. Finalmente comenzaron a vivir juntos en la rehabilitada casa del abuelo, donde criaron a su único hijo al que llamaron Juan, como su abuelo (aunque Luís prefería llamarlo “Juan Solo”, como el intrépido piloto de la Guerra de las Galaxias). Aprovechando la estancia de Juan en el colegio, por las tardes montaba Luís una especie de guardería didáctica, donde repasaba los temas del día con los niños y les contaba cuentos.

Y aún cuando termina alguno diciendo “fueron felices y comieron perdices” vuelve mentalmente al R5, al huerto y al estanque, que por cierto echaron abajo para construir una urbanización de lujo en las afueras. ¡¿Qué sabrán ellos de ser felices y comer perdices?!